

cia y de sociedad, más integrada y democrática, a partir de los estudios sociales de la ciencia. Lo último que se pierde, después de todo, es la esperanza.

Toma trabajo seguir a Latour hasta el final de sus razonamientos –trabajo que a menudo parecen no estar dispuestos a tomarse sus detractores– por varios motivos. En principio, es necesario familiarizarse con un conjunto de términos y conceptos tales como *humanos*, *no humanos*, *actantes*, *translations* y otros aspectos de la teoría del actor-red que contradicen el sentido común. Esto no sólo complejiza los argumentos sino que los hace más oscuros, perdiéndose a menudo de vista el objetivo principal.

Por otro lado, el alcance de sus pretensiones filosóficas y la multiplicidad de objetivos a los que apunta (políticos, disciplinarios, morales) lo obligan a entablar debates a varios niveles simultáneamente, lo que a veces puede dificultar la lectura para alguien no muy interiorizado con los temas tratados. Sin embargo, la originalidad de sus posturas, y su particular estilo irónico y provocativo, recompensa a quien esté dispuesto a hacer el esfuerzo. ■

Juan Pablo Zabala

*El Argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, estudiosos, museos y universidad en la creación del patrimonio paleontológico y arqueológico nacional (1875-1913)*, Irina Podgorny, Buenos Aires, Eudeba/Universidad de Buenos Aires, 2000, 66 páginas

Este libro es el segundo de una colección cuyo fin es poner a disposición documentos poco accesibles, pero relevantes, para comprender el proceso de construcción institucional, científica y cultural en nuestro país. Los documentos publicados son precedidos, en la estructura de la colección, por un prólogo de un especialista en el tema. En este caso, el texto que precede a los documentos excede su función de introducción para convertirse en un artículo crítico con interés autónomo. Quiero destacar aquí la importancia que un texto como éste posee no sólo para el conocimiento específico en la historia de las ciencias, sino también para quienes trabajamos en otros registros en

el estudio del pasado argentino. *El argentino despertar...* permite pensar en articulaciones variadas sin perder rigor y especificidad.

Irina Podgorny investiga hace ya tiempo estos temas, que implican un momento clave en los inicios de la organización de la ciencia en el Río de la Plata, y atañen directamente a un clima de ideas finisecular que excede con mucho las competencias disciplinares. Para afrontar este estudio, Podgorny se mide también con otras preocupaciones que definieron la época, como la formación de la nacionalidad, los conflictos políticos y sociales derivados, la consolidación de las instituciones de saber y difusión en un mundo lábil. Y puede hacerlo con instrumentos afinados en la medida en que aún existen ámbitos de debate abiertos en este país, que impulsan un activo y sistemático intercambio entre investigadores de muy diversas formaciones y objetivos que, en una tradicional división del saber, se hubieran construido autónomamente. De tal modo Podgorny participa en el Programa de Historia de las Ideas del Instituto Ravignani, dirigido por Oscar Terán, en el que se reúnen desde hace diez años investigadores formados en disciplinas variadas (psicólogos, filósofos, críticos literarios, arquitectos, arqueólogos) para discutir en perspectiva histórica cuestiones como las imágenes de la ciudad moderna, la historia de la psiquiatría en la Argentina o los nuevos enfoques de la historia política, con la voluntad común de comprender el mundo de “las ideas” en el pasado. Iniciativas del mismo género, basadas en la intención de renovar las miradas tradicionales a partir de cruces impensados, han sido encaradas más recientemente, por ejemplo en el programa que dirige José Pérez Goyan en el Museo Etnográfico –en el que también participa la autora– construido alrededor de objetivos de investigación más delimitados como el patrimonio y la museística, pero que reconocen la necesidad de apelar a distintas tradiciones de estudios y distintas perspectivas para elaborar nuevas miradas. En el caso de este programa, los objetivos de difusión hacia un público más amplio –objetivos que animan la colección del Rojas y que aún son consustanciales a instituciones públicas como la universidad o el Museo– aparecen en un lugar central. Estoy mencionando lugares que poseen un anclaje institucional pero que al mismo tiempo, casi por milagro, trabajan a contrapelo de las políticas culturales de nuestro tiempo, y sólo nombro aquellos en los que directamente la autora está implicada. Estos ámbitos construyen las posibilidades concretas de producción de artículos como éste.

Me detendré ahora en algunos aspectos particulares que me interesa destacar de este texto. Más allá del notable fondo documental,

del que se ha elegido publicar algunos fragmentos en el apéndice, y de la amplia información que se pone a disposición en el mismo artículo, lo que creo más interesante es la construcción de una perspectiva local para analizar los vaivenes de las ciencias estudiadas y sus vastas derivaciones. En este enfoque, el trabajo con las colecciones paleontológicas y antropológicas, la biografía de científicos como Ameghino, las instituciones iniciales, las tramas que se cruzaban con fines sólo aparentemente asépticos, permiten identificar puntos de articulación con hechos y acciones culturales, sociales y políticas que una historia puramente interna de las ciencias (entendida sólo como descripción de su “progreso”) no permitiría. Quiero decir que esta inteligencia de dejar abiertas vías de comunicación concretas entre el devenir de estas ciencias particulares y las situaciones generales de la “época” no constituye un trabajo obvio en la historia, ya que no todos los cruces son pertinentes o significativos. Podgorny se aparta también de la clásica relación planteada en tantos trabajos de historia de la ciencia, de la técnica o aun de las artes, que intentan salir del encierro de las historias tradicionales pero que derivan de un contexto abstracto, edificado sobre visiones hoy naturalizadas (por ejemplo, el “liberalismo” o el “positivismo”) las consecuencias en cada disciplina. El trabajo de Podgorny realiza el movimiento contrario: pone en cuestión, a través de una narración atenta a los matices, la adecuación de tales categorías universales para comprender ciertos aspectos del pasado. Así, un recorte disciplinar que en la tradición de la historia argentina había sido considerado como mera consecuencia de amplias estructuras políticas y sociales, permite corroer las convenciones. Las historias relatadas por Podgorny no son historias sociales de la ciencia, ni género biográfico, ni historias institucionales, aunque incluyen y replantean estos géneros: son historias –no Historia– de las ideas científicas locales con un giro francamente material y concreto, para parafrasear el conocido aserto de Raymond Williams.

Por cierto, a partir de los sinsabores de los sabios argentinos, cuyas peleas íntimas aparecen analizadas como desesperados –y conmovedores– intentos por sobrevivir, o a partir de la fragilidad absoluta de las instituciones científicas, avaladas frecuentemente sólo por vacías piezas de retórica y no por medios económicos, es seguramente posible concebir relaciones de larga duración con el presente: ¡cuántos paralelos, leyendo esta historia, podemos trazar con el mundo de la ciencia actual! Pero aunque uno siempre trabaja a partir de los problemas de su tiempo, no estamos en este caso frente a una voluntad de juicio estructural ante la ciencia argentina, sino ante la necesidad

de comprender las acciones de aquellos hombres y el lugar de sus obras. Es el rigor histórico el que permitirá, en todo caso, trazar relaciones con el presente.

Tomemos un ejemplo del tipo de articulación que promueve este texto, que señalaré en relación con mis propios intereses de investigación, que son básicamente estéticos. El último capítulo del prólogo, “La nacionalización de los fósiles y de la ciencia”, presenta a través del análisis del conocido informe de Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, el impulso característico de aquellos años por preservar como valor cultural la integridad del territorio patrio: ya que Horacio y Virgilio no estuvieron por aquí, ya que nuestra historia moderna es corta y débil, el pasado remoto adquiere un valor fundamental para cimentar la idea de nación. Que esta convicción resultaba una idea extendida por entonces ya había sido advertido en muchos textos, especialmente de historia literaria. Pero en este caso la autora avanza sobre el obvio clisé de la “invención” de una nación para otorgar relieve particular al conflicto local. Señala las diferencias entre los proyectos de ley que estaban en juego: el americanista, presentado en la Sección de Ciencias Antropológicas del Congreso Científico Internacional Americano, en el que el control patrimonial estaba en manos de los científicos, y el nacionalista, adoptado en la ley 9080 de 1913 (reproducida en el apéndice) sobre ruinas y yacimientos arqueológicos y paleontológicos, que supone el control principal del Estado, en que la creación de una tradición nacional aparece por encima de las necesidades objetivas e internacionales de la ciencia. La hipótesis contrafáctica aparece de tal modo clara: la estimación de la ciencia podría en efecto haber recorrido otros caminos en nuestro país.

Estas consideraciones sobre el patrimonio, que aparecen señaladas en el texto en el marco legal, abordan tanto huesos fósiles como paisajes y lugares históricos, y se vinculan con una vasta discusión que ya estaba presente en las últimas décadas del siglo XIX, con respecto al criterio de selección de monumentos, al valor de antigüedad a ellos atribuido, o a su relación con los sitios: otros autores han señalado una problemática similar, por ejemplo, en la discusión sobre el traslado de la pirámide de mayo. La preservación del patrimonio alcanzó también, por entonces, la preservación de la “naturaleza” local en la nueva tradición norteamericana de parques y reservas, acción explícitamente vinculada con la integridad del territorio nacional (de estos años, recordemos, son las primeras leyes de parques nacionales —decretos de 1907 y 1909—, aunque, al igual que la ley 9080 reproducida en el libro, no tienen efecto hasta la década del treinta). La

importancia que poseen a principios del veinte los sitios arqueológicos y paleontológicos y su preservación, en aras de fundar una identidad nacional que también debe ser territorial, y su consonancia con la preservación del “paisaje”, que incluye muchas veces no sólo testimonios arqueológicos sino habitantes que se consideran restos de mundos remotos, se resume en las palabras de Lugones que dan título a este libro: “el despertar de las faunas y gentes prehistóricas”, y tiñe el imaginario social en sus más diversos aspectos. Es así que vemos participar activamente, por ejemplo, a Ambrosetti en el debate acerca de un arte nacional, ofreciendo en las páginas de la *Revista de Arquitectura* el conocimiento etnográfico como auxiliar de los estudios de ornamentación; a Hector Greslebin, arquitecto y arqueólogo, proponiendo proyectos en estilo prehispánico; a la geógrafa Lina de Correa Morales apoyando la vertiente indigenista en el arte en los boletines de geografía; el paisajista Thays propone un proyecto para un futuro parque nacional en Misiones, cuya necesidad ya había sido proclamada a fines del siglo XIX por Burmeister, alarmado por el avance brasileño en estas cuestiones, y su oportunidad se subraya en relación con las cercanías de las ruinas jesuíticas; en fin, recordemos que Bouvard y Pecuchet, cuya evocación abre este artículo, no sólo se aficionaban a la excavación paleontológica sino también al arte de los jardines. La pampa es revisitada ya no como desierto, sino, como dice Lugones, como “la página geológica más completa”, y esta resignificación aparece en textos literarios, como ya indicara hace tantos años David Viñas en ocasión de unos escritos de Güiraldes, escritos que encuentran en ella un valor trascendente, un silencio mineral, *paleontológico*. En fin: las ciencias de la tierra, la arqueología y la paleontología, la dimensión geográfica, las diversas representaciones de la naturaleza y de lo natural, han atrapado la imaginación cultural argentina en las décadas del cambio del siglo. En el núcleo de esta actitud se encuentra explícita la voluntad de creación de una tradición a partir de fragmentos del pasado, cuyos indicios, aún mínimos, debían ser preservados. Enumeré las asociaciones para aclarar de qué manera, a partir de un texto dedicado a la historia de la paleontología y la arqueología en sus inicios en el país, nos sumergimos, por así decirlo, en el humus cultural de aquellos años.

No es que este trabajo explote a fondo estos cruces, sino que *trabaja su objeto histórico consciente de este horizonte de posibilidades*. Así, sin perder especificidad en el estudio, abre las puertas para infinitas relaciones con otros discursos que procesan a su manera los problemas de identidad, tradición, territorio nacional o patrimonio. To-

mo para finalizar un último ejemplo. El libro comienza con una cita de *Bouvard y Pecuchet* y se cierra con la cita de Lugones de 1915 a la que alude el título. Estas citas iluminan el texto con un humor melancólico, dan el tono de la explicación. Que una remita a una obra de la literatura universal implica también la presencia, que será permanente en el texto, de las necesarias comparaciones con otras resoluciones similares de los problemas planteados en la ciencia finisecular y en su difusión y utilización (aun en la más inesperada y nada planificada utilización por esos dos disparatados burgueses de provincia, que nos puede recordar a Zeballos o a Ameghino, pero también, por qué no, a Evans o a Schliemann); la cita local, en cambio, otorga el relieve, particular, tan *literario*, de la cultura argentina, a través de uno de sus entonces más renombrados poetas. Y no es secundario que las palabras de Lugones citadas provengan de un discurso público de objetivos eminentemente políticos. La complicada trama histórica adquiere en este juego de idas y vueltas una densidad que la elección de estas dos citas resume; las articulaciones posibles están esbozadas o dejadas a criterio del lector, a cuya inteligencia Podgorny trata con respeto, ahorrándonos las explicaciones redundantes. Así, el texto de Podgorny se separa también de ciertos enfoques actuales característicos, en particular de los llamados *estudios culturales* norteamericanos que, ignorando precisamente las complejidades y contradicciones de las historias concretas, e imponiendo sofisticados aparatos de interpretación, aleccionan puritanamente al lector sobre el sentido único de los hechos, invirtiendo sin matices el papel del héroe en el panegírico tradicional por el de villano. Precisamente porque este texto se ancla fuertemente en el conocimiento a fondo del tema, en donde nunca deja de anclarse sólidamente, es que ofrece en cambio una perspectiva que ayuda a comprender las condiciones concretas en que el amplio arco de lo que llamamos *cultura* pudo conformarse en la Argentina de principios de siglo. □

Graciela Silvestri